

(02051)

El central que surgió del frío

Piquito había empezado a caminar con muletas, aunque no le permitían hacer grandes esfuerzos. La tremenda entrada recibida no sólo se saldó con la rotura del peroné, sino que se complicó con un importante desgarro muscular.

En un equipo deportivo profesional las lesiones siempre son abordadas desde planteamientos de eficacia aplicada al rendimiento deportivo y a la economía del equipo. No estaba el hueso soldado por completo y ya había comenzado el tratamiento rehabilitador preventivo para evitar pérdidas de tiempo en la posterior readaptación a las exigencias del entrenamiento.

Mientras Piquito estuviera en el dique seco le estaba costando dinero al Rayo. Les costaba más dinero del que tenían que emplear en recuperar al profesional. La jornada de Piquito en estas primeras semanas de la lesión se basaba en alternar el reposo absoluto con actividad programada. Por la mañana le llevaban a la clínica privada donde un prestigioso doctor y su equipo supervisaban diariamente la evolución del chaval. Nada se dejaba al azar. Por la tarde no salía de casa.

Piquito vivía aún con su madre en un tercero sin ascensor y el Rayo no podía arriesgarse a que el chaval cayera rodando por las escaleras. Así que López comisionó a dos guardas de seguridad de una de sus empresas para que por las mañanas bajaran al futuro crack y lo llevaran a la clínica en una amplia ambulancia que pagaban. Acabada la rehabilitación habían de subirlo a su casa. Todo se llevaba a cabo de la forma más profesional. Piquito era bajado en camilla, a la que iba atado para evitar cualquier desgraciada contingencia. Los guardas se llevaban la camilla en la furgoneta todos los días.

López, con buen criterio, y conocedor del carácter inquieto del muchacho, había decidido personalmente que dejar la camilla en casa del chaval era una invitación a que sus amigos se decidieran a darle una vuelta por el barrio en cualquier tarde de las muchas que iba a pasar consumido por el tedio. Ya le había costado que vendiera el ciclomotor que utilizaba para desplazarse por Mospintoles, lo que sólo consiguió cuando alguien —pagado secretamente por el empresario— le hizo una oferta a Piquito muy por encima del valor real del ciclomotor. Para sus desplazamientos, y puesto que aún no tenía carné de conducir, Piquito había estado utilizando un taxi.

Cuando el jugador llegaba a la clínica se le retiraba la escayola para comenzar la terapia rehabilitadora: masaje, ondas, calor, inmersión en una sustancia viscosa reconstituyente que fortalecía los tejidos, movilización, estiramientos, otra vez masaje y vuelta a escayolarle para inmovilizar la zona afectada. Diariamente le retiraban la escayola y le colocaban una nueva.

Pasados los primeros días de la lesión, los guardas le llevaban al gimnasio del Complejo Deportivo Mospintoles-2, donde la entidad deportiva mantenía un convenio para utilizar ese equipamiento. A cambio de libertad para utilizar a cualquier hora el gimnasio por parte de los jugadores, un gimnasio que estaba perfectamente dotado —muchas de sus máquinas habían sido adquiridas por el Rayo— el club proveía de un entrenador para el público durante el horario de mañana que le salía gratuito al ayuntamiento. Este entrenador se dedicaba a programar y supervisar los entrenamientos de fortalecimiento de los jugadores, pero hacía otro tanto con los usuarios que acudieran en horario de mañana.

Muchos se preguntarán que cómo sometían al lesionado a un régimen de gimnasio. Hay que decir que en las primeras semanas el entrenamiento se limitó a estiramientos generales para no perder el hábito del ejercicio, pero una vez que la rotura comenzó a soldarse —se le hacían pruebas cada dos o tres días con los mejores aparatos médicos para diagnosticar el alcance de la recuperación—, Piquito tenía que realizar ejercicios abdominales y de otra índole. Un profesional no puede estar parado completamente durante los tres o cuatro meses que podía durar la recuperación de la rotura, pues durante esa inactividad estaría perdiendo su forma física y posiblemente cargándose de kilos. Mucho antes de que pudiera pisar el césped de nuevo Piquito habría vuelto a entrenar la resistencia cardiovascular utilizando una especie de bicicleta estática horizontal: se tumbaría en la máquina, quedando las piernas por encima del cuerpo para evitar cualquier sobrecarga innecesaria sobre el punto de rotura del hueso.

La dieta de Piquito también había sido modificada ahora que su organismo consumiría menos calorías para evitar el sobrepeso por las largas horas de inactividad de las tardes. Se completaba el entrenamiento matutino, todo supervisado por los mejores profesionales a disposición del club de fútbol profesional, con ejercicios de pesas para seguir fortaleciendo otras zonas diferentes a la afectada: brazos, cuello, pecho, espalda... La pierna sana Piquito apenas la ejercitaba para evitar una gran descompensación con la lesionada; solamente estiramientos y algo de cuádriceps y otro poco de bíceps femoral para tonificar esos músculos y evitar que comenzaran una lenta e imperceptible atrofia.

Más adelante, cuando pudo empezar a pisar levemente, a estas rutinas se incorporaron sesiones de hidroterapia en la piscina del complejo. Sobre la una del mediodía llevaban a Piquito de vuelta a casa, donde debía pasar toda la tarde en reposo. Todas las tardes un empleado del club, a veces el médico, otras el psicólogo deportivo, en alguna ocasión alguien más próximo al equipo, se pasaba por casa de Piquito, más por certificar que estaba en casa que porque hiciera falta.

El psicólogo pronto constató la férrea determinación del chaval. Y es que a estos deportistas humildes nadie les ha regalado nada para llegar donde están y

suelen ser disciplinados mientras son jóvenes, más por miedo a perder lo que tienen que por convencimiento personal. Luego, a muchos, cuando les llega la fama y el dinero, el cuerpo les pide más diversión de lo que deben... Tratan de recuperar el tiempo perdido y disfrutar de todo cuanto se privaron mientras fueron adolescentes. Y en ocasiones, las compañías, los malos consejos, la inexperiencia y la poca cabeza les llevan por derroteros rayanos en lo delictivo. Llegados a este escabroso punto dejaremos de divagar para retomar nuestra historia.

Piquito ya era tremendamente popular en su barrio, pero con el éxito en el fútbol comenzó a gozar de fama, que no es lo mismo aunque lo parezca. Inmaculada, su joven madre, vio la necesidad de regular los horarios de visitas, pues el chico necesitaba reposo y él no paraba de moverse con las visitas a todas horas. Así que tras los primeros días se impuso el orden y el sosiego. Piquito necesitaba echarse la siesta pues como confesaba (en sus propias palabras): “las horas de rehabilitación y gimnasio ‘me quedan’ *baldao*”.

Era preciso mejorar la educación y la forma de expresión del chaval, y López — que nunca fue al humilde domicilio de Piquito pero que le llamaba casi a diario— vio la oportunidad de enviarle un profesor para mejorar su cultura básica, pues todos veían que estaba llamado a comparecer en más ruedas de prensa que un diputado. De paso se conseguía ir imponiendo hábitos saludables en las rutinas vespertinas del chaval.

Piquito había convencido a López de que le enviara al mejor: don Faustino. López no sabía quien era el tal don Faustino, pero accedió cuando Inmaculada le envió mensaje de que ella también confiaba en el profesor. Así que tres tardes por semana don Faustino se pasaba por casa de Piquito para repasar algunas asignaturas. El profesor al principio no quería cobrar ni un euro, porque ya lo estaba haciendo desinteresadamente y de mil amores. Pero fue Piquito quien le dijo que no hiciera el tonto porque el dinero venía de alguien a quien le sobraba la pasta, lo cual acabó con los reparos de don Faustino para facturarle a López un precio justo.

Organizadas las tardes y puesto el orden en el domicilio familiar, Inmaculada pudo también relajarse y descansar, porque mientras duró el ajetreo de la primera semana de gente entrando y saliendo, la pobre mujer no podía descansar en su propia casa, y a las seis de la mañana, inexorablemente, el despertador sonaba para ella.

La nochebuena no la habían podido pasar en la casa del pueblo con el abuelo en la ya acostumbrada reunión familiar, por lo que el viejo cascarrabias había accedido de muy buena gana a pasarla en Mospintoles. La tradicional reunión familiar podía esperar al siguiente año.

—¡Qué sería de las tradiciones si no pudieran romperse!, ¿eh abuelo?

Y el viejo le había dicho que sí, sin saber si el chaval le estaba tomando el pelo o lo había dicho totalmente convencido.

El día de las inocentadas Piquito esperaba que alguien se presentara a gastarle una broma, y estaba preparado para cualquier contingencia. Solía ser el blanco de las burlas de sus colegas ya que su síndrome de Asperger aún sin diagnosticar le hacía un objetivo propicio. Pero él, con su buen humor, se divertía tanto o más como quien se las gastaba. Era este carácter afable de Piquito lo que le abría cualquier puerta a la que llamara.

Sin embargo quien se presentó a primera hora de la tarde de tan señalado día nada sabía de esta tradición española. Cuando Inmaculada abrió la puerta de la pequeña vivienda de protección oficial se encontró con un fornido armario rubio 4x4.

—Buenass tarrredes, señora. Quierro verrr Piquito..., si posible.

Inmaculada trató de no parecer asombrada. Nunca había visto a este hombre pero dedujo acertadamente que se trataba de Metzger, el central alemán ex-internacional, fichado en verano por López.

—Pase, por favor. Y disculpe el desorden. No esperábamos visita.

El alemán creyó que debía hacer un cumplido, quizá para evitar a su vez parecer sorprendido por las diminutas dimensiones de la vivienda.

—Bonito piso, señorra.

—Inmaculada. Soy la madre de Piquito.

—¡Oh! Mil perrrdones. Yo soy desconsiderado con usted. Yo soy Metzger, del Rrayo —e hizo una anticuada reverencia que valió para que Inmaculada le empezara a mirar con otros ojos.

Le introdujo en la estancia que hacía las veces de salita, donde Piquito estaba metiéndole tres o cuatro goles al Barça del videojuego con un equipo de su invención.

—¡Metzger!, tío. Joder qué sorpresa más cojonuda. Eres la hostia.

—No Piquito. Tu no máss prriovocarrr palabrrros feos en Meztger. Ya Metzger saberrr que no tenerrr que decirrr. Y tu madrrie aquí.

—Ella está acostumbrada y a ti voy a prrieparrarr alguna —imitó Piquito—. ¡Capullo!, ¿cómo por aquí?

Metzger, que ya entendía bastante castellano, aunque aún no tenía mucho vocabulario, quedó descifrando la pregunta retórica de Piquito. Son estas las cosas que descuadran a un extranjero, y Piquito que adivinaba las dudas del alemán cuando le hablaba así, disfrutaba haciéndole cavilar. Y Metzger lo agradecía, pues era inteligente y le hacía esforzarse más en la comprensión del idioma.

—Yo venirrr a verrrte, Piquito. Y trrraerrrte un librrro, perro me dicen que tu no saberrr leerrr —y le dejó sobre la mesita un libro envuelto en papel de regalo.

A Piquito esto le picó bastante y se puso a la defensiva.

—Sí sé leer. Y leo de corrido ¿Quién te ha dicho que no sé leer?

Metzger no entendía qué era leer de corrido pero sí supo que había pinchado en hueso y soltó una sincera carcajada echando su gran cabeza hacia atrás.

Inmaculada lo observaba desde la puerta, y veía que en este hombre todo había de ser grande. Algo había en el teutón que le llamaba la atención y la fascinaba. Él era rubio, como ella, pero de un rubio más platino y no tan rubicundo como ella. Piquito le había hablado muchas veces de él, de los entrenamientos, de los desplazamientos, de los partidos, de las bromas de vestuario... Y de pronto recordó alguna de las intimidades que le había contado su hijo con la alegría y la confianza de un hijo con su madre. Inmaculada notó que empezaba a sonrojarse y salió hacia la cocina sin decir esta boca es mía mientras Metzger tomaba asiento en el pequeño tresillo, al extremo de la pierna estirada de su compañero. Allí los dejó, bromeando mientras Piquito destrozaba el papel de regalo.

—¡Hostia, tío! El libro del Pepe Reina y las *anécdotas* del mundial. Joder, éste sí me lo termino, tío.

—Tío, tío, no terrrminas nunca un librrro, ¿qué?

Piquito se puso serio porque notaba que Metzger iba a cebarse con el rollo de la lectura. ¿Quién cojones le habría dicho nada a Metzger?

—¿Y qué tal por los campos de entrenamiento?

—¡Oh!, frrrrío. Pero no como en Alemania. Allí entrriemos dentrrro porrrque hay cinco grrrados o diez grrrados bajo cero en invierrno, Piquito.

—¡Ah!, sí. Y se para la liga y jugáis a un futbito con sintético, *qu'os* he visto alguna vez por la tele... —y Piquito quedó pensando—. ¡Toma!, ahora que lo pienso, a lo mejor *t'he* visto algún día jugar por el Eurosport y yo sin saber que eras tú...

Metzger se quedó *in albis*. Sólo entendió que Piquito sabía que allí jugaban liguillas *indoor* para no perder la forma. En ese momento reapareció Inmaculada con un bizcocho que había estado haciendo por la tarde y lo dejó sobre la mesita. Y mientras iba a salir de nuevo, añadió:

—Con este frío hay que reponer fuerzas tomando algo caliente, señor... —y no utilizó el apellido del alemán por miedo a pronunciarlo mal—. Ahora traigo un café, que está terminando de subir.

Fue cuando Inma llamó “señor” a Metzger, que Piquito se dio cuenta de que no había presentado a Metzger a su madre.

—Perdone, madre; espere, que no les he *presentao*. Aquí tiene al gran Metzger: 33 años de puro músculo, un metro noventa de edad y 92 kilos de altura.

Nos pasó como al abuelo y nunca supimos si Piquito se había liado o si había hecho un chiste a propósito. Inmaculada se había dado la vuelta y miraba ahora a Metzger con una sonrisa especial y éste mientras se levantaba a estrecharle la mano para corresponder a la presentación se dio cuenta de que Inmaculada estaba muy bien formada: rubia, guapa, con unos bonitos y exuberantes pechos y una sonrisa que le llenaba toda la cara. Hubo un contacto visual que duró por espacio de largos segundos, mientras Piquito, ajeno a lo que allí estaba pasando, había cogido el libro y lo había comenzado a ojear.

Tras la larga mirada mutua Inmaculada volvió a la cocina pues ya estaba oliendo a café por toda la casa. Por su parte Metzger decidió investigar por su cuenta.

—¿Y cuándo viene tu padrrrie, Piquito?

—No tengo padre —le espetó mientras seguía mirando alguna foto del libro.

Metzger pareció no entender:

—Pero todo el mundo tiene padrrre, Piquito.

El chaval levantó la vista del libro y se preguntó por qué Metzger parecía a veces más corto que él.

—Bueno, yo no. Nunca lo he *tenío*.

Metzger no disponía aún de herramientas para entender este lenguaje eufemístico, pero descifrando la frase de Piquito creyó entender:

—¡Oh! Lamento mucho. Murrió cuando erras niño —dijo más pensando en que era una suerte para él—. Yo he sido torrrpe porrr prrieguntarr.

Piquito se le quedó mirando largamente, y decidió que era mejor dejar las cosas en ese punto.

—¿Y qué tal las navidades lejos de casa? ¿Por qué no *t'has ío* con tu familia a Alemania estos días?

—Bueno, yo no tengo allí nada que hacerrr —contestó evasivamente—. Me quedo parra verrr Madrrrid.

Ahora fue Piquito quien pensó que algún drama familiar había asolado a Metzger y sabía que no debía preguntar. Se hizo un silencio un tanto embarazoso entre ambos debido al mutuo malentendido. Hasta que llegó Inmaculada con el café recién hecho.

—Bueno... ¿Café, señor Metzger? ¿Le sirvo leche, o lo prefiere solo? El bizcocho ya está troceado. Sírvase o Piquito no le dejará probarlo.

—¡Oh! No harremos dieta hoy —y cogió un trozo del bizcocho.

—Bueno, la dieta del Rayo y el bizcocho de mi madre son compatibles —aunque Piquito en realidad quiso decir que eran complementarias.

—¿Compatibles? No entenderrrr.

—Que se *pué* hacer las dos y no pasa *ná*. Siempre que no digas *ná* a *naide*.

Metzger pareció entender y rió de buena gana la ocurrencia del chaval. Esto era España, pensó que le habían dicho ya más de una vez, donde las gentes no son tan estrictas como su país.

Cuando probó el bizcocho de Inmaculada abrió unos ojos como platos.

—¿Dónde se compraría este dulce, señora?

—Lámeme Inmaculada, o Inma, si lo prefiere. Este bizcocho es casero, señor.

—¿Caserro? No entenderrr.

—Que lo ha hecho ella, tío. Que se hace en casa y no se compra. Mi madre sí que sabe cocinar. Tenías que venir un día a comer.

Inmaculada creyó que en aquella invitación a medias se abría una vía que le gustaría explorar. Pero no dijo nada por temor a delatarse.

—El señor tendrá familia, Piquito —se interesó Inma.

—Está solo en *Madrí*, mamá. Y en Alemania no tiene a *naide*, ¿eh, Metzger?

El rubio alemán entendía lo que decían pero iba un poco por detrás de las conversaciones en las que se hablaba rápido y con ese acento tan peculiar y tan castizo.

—Bueno, en cualquier caso quizá quiera mantenerse algo reservado. Si prefiere vivir en Madrid que en Mospintoles y hacer el viaje todos los días, es que no quiere ser molestado.

—Madre, he *querío* decir en la *Comunidad* —se explicó Piquito—. Metzger vive en Mospintoles. No *t'has cambiao* de sitio, ¿no, Metzger?

Metzger necesitaba todavía algo de tiempo para procesar lo que se decía, pero hacía grandes avances en la lengua de Cervantes.

—Sí, Piquito. Vivo allí abajo. Cerrca del Centrrio Comerrrcial. Cuando puedas salirrr vienes a casa a ver algún parrtido. Vienes con Chili.

—Ya iremos, siempre que *haiga* tiempo. Coge más bizcocho que se ve que *t'ha gustao*. No te cortes, tío, que me lo zampo yo solo.

—Está muy rrico. Inma, yo querrerrr comprriarrte a ti un bizcocho. Hacerrr un bizcocho para mí, ¿sí?.

—No me dedico a la repostería profesional —de esta frase Metzger no pilló nada, pero sonrió—. Si le hago un bizcocho no podría cobraré.

—Perro Metzger querrerrr pagarr trriabajo.

—No se hable más —e Inma decidió tomar la iniciativa, a ver qué pasaba—.

Para mañana mismo le hago uno y se lo llevo a su casa. Si vive cerca del Centro Comercial, mañana me toca trabajar por allí cerca. Supongo que Piquito tenga su teléfono. Ya le llamaré.

Y con las mismas la madre del chaval se levantó y salió en dirección a la cocina, más para no traicionarse ante su hijo que porque necesitara unos minutos para tomar aire. Pero cuando llegó, se apoyó en la mesa donde comían y resopló. Le siguió un leve jadeo y una risa que tuvo que taparse con un paño de cocina.

Mientras, en la sala, Metzger se había terminado la improvisada merienda y había tratado de mantener la atención de Piquito en el libro nuevo. Se había dado perfecta cuenta del acelerón que se había dado Inmaculada para ofrecerse a llevarle a casa aquel bizcocho tan sabroso, y creyó preciso cambiar de tema rápidamente. Pero desde luego iba a esperar a que llegara el día de mañana con impaciencia.